

SUSCRIPCIÓN

En Cádiz, al mes, Ptas. 1'50
Provincias, trimestre, 4'50
Número del día 10 céntimos.
Anuncios a precios módicos, con extensa circulación, por insertarse en las ediciones que en gran número se reparten gratis.

LA INFORMACION

PARA LOS OBREROS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA

BASES

Este periódico se publica todos los días menos los festivos, repartiendo a más, gratis una edición a los obreros.

Oliveras:
Beato Diego de Cádiz, n.º 6
Talleres, en la misma casa.

Poder necesario

L'ama sobremanera la atención, el hecho de que existe quien mantenga el espíritu de rebelión contra todo poder que signifique autoridad.

Y, sin embargo, no hay en el mundo cosa alguna que mayor y más grande importancia revista, que cuanto se relaciona con los individuos, a virtud de la manera especial la que tienen ellos en cada uno de los aspectos que se revisten.

No hay poder más grande en el mundo, que el poder de la inteligencia.

Ella domina, subyuga y manda a todos los hombres de tal manera, que lo que quiere imponer domina y triunfa en todas las esferas que se presenta.

Así se observa que son muchos los que no quieren hacerse cargo de lo que es el mundo; de sus exigencias, de sus peticiones, porque son débiles y temen dejarse arrastrar por la fuerza de la costumbre y por la manera de ser de los individuos.

Así es un poder necesario: aquel que señala en los hombres hasta donde llegan en sus iniciativas, en sus aspiraciones, en sus ansias y en sus deseos.

Ese poder necesario que se impone a todas las razas, a todas las clases, se llama en el lenguaje vulgar y corriente el lenguaje de idealismo, siempre dominador y vencedor por grandes que sean las adversidades de la vida.

Someterse a ese poder necesario es la verdadera virtud sin caer en las exageraciones y teniendo como norma la virtud, la verdad y si es preciso el sacrificio.

La exportación de garbanzos

Un aviso

El sábado recibimos de un pueblo de la provincia de Granada, cuyo nombre desconocemos por ser inteligible el sello de la estafeta de correos, y venir sin fecha, una carta, cuyo texto es el siguiente, íntegro:

«Se van a embarcar, clandestinamente, garbanzos por el Trocadero.

Juan Rubio».

Esta carta venía dirigida a nuestro director, y como pudiera tener algo de cierto, llamamos la atención de la digna autoridad gubernativa, para que se informe y evite, de confirmarse, lo que trata de hacerse, ya que la exportación del garbanzo está prohibida.

A disposición del señor Fernández Giménez tenemos dicha esquadra, por si desea examinarla.

Una noche en las trincheras

Impresiones de un periodista yanqui

John Reed, periodista norteamericano, y un compañero suyo han pasado una noche en las trincheras avanzadas que en las cercanías de Comines, al Norte-Noroeste de Lille, ocupa un regimiento bávaro.

He aquí un extracto de los dos artículos de John Reed que copia el «Daily Mail»:

«El comandante nos recibió en una espaciosa bodega, donde se veían restos de un mobiliario suntuoso: grandes espejos de dorado marco, una mesa de roble con abrazaderas metálicas, unos cuantos sillones claveteados... y, en un ángulo de la subterránea mansión, un piano magnífico, que sin el más leve deterioro pu-

do ser extraído de entre los escombros de la señorial residencia.

Sobre el teclado vagaba perezosa la diestra del jefe alemán.

—De modo que ustedes son americanos...—fué su saludo—. Y díganme, ¿conocen a la hermosa miss Clark, de Washington? No hay quien me dé noticias de esa mujer.

Hizo una pausa el comandante.

Se calmó su interés.

—En fin—continuó—, quizá fué una gran cosa la guerra. Si no hubiera estallado, quién sabe si a estas horas estaría yo en Washington como un alma en pena. Es hermosísima... Ahora, que aquí no me faltan distracciones.

Con el ferviente admirador de nuestra compatriota bebimos una botella de cerveza de Hofbräu.

Nos despedimos y atravesamos el jardín.

—Ahí empieza el aproche—dijo el teniente que nos acompañaba.

Pasamos a través de un boquete abierto en la tapia y hundimos nuestros pies en el lodo.

Ante nosotros contemplábamos como ignea bóveda que uniese las trincheras francesas con las alemanas.

Eran cohetes disparados por los beligerantes.

—Aquí—nos informó el oficial—las bombas corrieron nuestro aproche, y además una rompió el dique del canal de Ipres. Todo esto se inundó. El canal de Ipres es esa línea ancha y oscura, paralela al aproche. Cuando estalle otro cohete podrán ustedes ver los puentes.

Continuamos nuestra marcha sobre el lodo.

No cesaba el fuego de fusilería, que a lo lejos semejaba crepitación de hoguera.

—Son los nuestros—observó el teniente—. Los franceses han guardado silencio hasta ahora.

Reflejábanse los cohetes en el agua negra del canal, que se extiende hacia el Norte, recto como una calzada romana.

Uno de los cohetes vino a caer a nuestros pies y produjo un fugaz ramillete de chispas.

Al desembocar en las trincheras oímos el gutural dialecto bávaro.

Abrese la trinchera secundaria a derecha é izquierda.

Por este lado comunica con la «Unter den Linden», que es la denominación aplicada por los alemanes a la línea principal de trincheras, por analogía con la amplia avenida berlinesa.

Movíanse ante nosotros unas formas indecisas.

—¡Hola, muchachos!—prorrumpió el oficial.

—Buenas noches, mi teniente—respondieron a la par veinte voces.

Lució de pronto débil lucecilla.

Próximos a nosotros había cuatro soldados.

Sus uniformes, rostros, cabezas y manos, del color de la tierra húmeda que pisábamos.

Uno de ellos, atento al teléfono de campaña.

Sobre un montón de paja, recostado en un ángulo de aquel recinto de ocho pies de lado por cuatro de altura, un oficial muy joven departía en tono familiar con los soldados, a la vez que trataba de calzarse unas botas de montar enladradas hasta los mismos bordes de la caña.

Ocupaban el ángulo frontero doce botellas de cerveza Munich.

—Entren, entren y siéntense—exclamó en francés el joven teniente al adve-

tir nuestra presencia—. Beberemos un trago, señores.

Y dicho y hecho.

De un salto llegó al sitio que ocupaban las botellas, descorchó una y bebimos.

—¿Saben ustedes—nos preguntó—por qué está seco el suelo en este trozo de trinchera?

Y sin aguardar a nuestra respuesta prosiguió:

—Porque está cubierto con cascós de botellas de cerveza.

De nuevo se acomodó el teniente sobre el montón de paja.

—Ahora les guiaré—dijo—. Aguarden a que me ponga estas botas condenadas. ¿Qué quieren ver primero?

—Deseamos verlo todo—respondimos a un tiempo mi compañero y yo.

Nos condujo el teniente a lo largo de la trinchera, sobre cuyas negras paredes aparecían de trecho en trecho delgados filetes de luz.

—Aquí se alojan cerca de mil hombres—añadió nuestro acompañante—. En las trincheras avanzadas hay siempre una tercera parte de ese número, que allí combaten durante dos horas y vuelven luego aquí para descansar cuatro.

—Que se las pasarán durmiendo, ¿no es así?

Rió el oficial, y separó del terrizo muro una sucia cortina.

Allá en el fondo del estrecho agujero percibimos la vacilante llama de una bujía.

Paja mojada cubría el suelo, y por el techo se filtraba el agua gota a gota.

Sobre desgarrados trozos de manta, un soldado tendido leía un número atrasado del «Berliner Tageblatt».

Al vernos se incorporó rápido y saludó militarmente.

Ea—decidió el oficial—, vamos a la trinchera avanzada.

De nuevo nos hundimos en el lodo, esta vez hasta muy por encima de la rodilla.

—Esta trinchera—nos explicó el teniente—cayó en nuestro poder hace próximamente tres semanas, y todos los días tenemos que renovar el pavimento.

Al presentir nuestra extrañeza, continuó:

—Sí, señores. A no ser por las tablas que diariamente colocamos, ya nos hubiéramos hundido hasta la coronilla.

De repente un disparo junto a nosotros.

Allí están los soldados alemanes.

Apoyados contra el muro exterior, hombro con hombro, calados por la lluvia, hundidos casi hasta la cintura en el espeso fango, escudados tras de planchas de acero provista cada una de un agujero circular, destinado a dar paso al fusil, aquellos hombres hacen fuego durante ocho horas de las 24, descansan, ¡sin dormir!, las 16 restantes, y así pasan tres días consecutivos.

Ese tiempo llevábamos ya de servicio los que en aquel momento contemplábamos, ya que poco después, a las cuatro, iban a ser relevados.

—Vamos a lanzar dos o tres cohetes para que puedan ver las trincheras enemigas—nos dice el oficial.

Sólo distan de aquí unas 80 yardas, y si se fijan bien verán ustedes mucho más cerca los cadáveres de los franceses que cayeron en el último ataque.

Avanzaron en columnas de a cuatro, como los prusianos en Lieja, y nuestras ametralladoras dieron fin de casi todos ellos.

Funciona la pistola de cohetes.

Asciende el primero en espiral, y en lo alto se bifurca la llama, que desciende lenta.

Aún no se ha extinguido, cuando le sigue otra y otra y otra.

Hay un minuto de claridad diurna.

En una pendiente se abre la trinchera francesa, perfectamente determinada por los fogonazos de los fusiles.

El espacio intermedio semeja el fondo cenagoso de un mar, cuyas aguas hubieran desplazado un terremoto.

Y sobre la ciénaga, la mancha azul de las guerreras francesas.

Tres apretadas líneas forman los corrompidos cuerpos que aún yacían allí donde cayeron tres semanas antes.

En todo aquel período no ha cesado el fuego, que hace imposible dar sepultura a los cadáveres.

Ruge el cañón de pronto. ¡Un, dos, tres, cuatro! Rápidos se suceden los estampidos.

—¡Diablo, son los franceses!—exclama nuestro amigo el oficial.

Sobre nosotros pasan con un zumbido las granadas, y los «shrapnells» explotan.

Un cañón no descansa.

¡Un, dos, tres, cuatro! enumeramos maquinalmente los disparos.

Multiplicanse en la trinchera alemana. Frenéticos, cargan los soldados sus fusiles en la obscuridad, porque ya no se hace uso de cohetes.

¡Un, dos, tres, cuatro!

Tras de nosotros inician ahora el fuego los morteros alemanes, y vemos estallar sus proyectiles a 500 metros de las trincheras enemigas.

Y es tal el estruendo de las grandes piezas de artillería, que ya no percibimos las detonaciones de los fusiles que disparan al lado nuestro.

Los «shrapnells» estallan cada vez más cerca de nosotros.

Guiados por el teniente, retrocedemos en dirección a la trinchera secundaria.

Al doblar un recodo vemos cómo a unos cien metros se desploma una pesada masa.

Dijérase un planeta que estallase.

En el aire silban un instante partículas de acero.

—Aquí ya no hay cuidado—nos dice el oficial cuando llegamos a nuestro punto de partida.

El telefonista se aproxima a nosotros.

—Desean hablar con los dos americanos que están en las trincheras—anuncia.

Aplico el receptor a mi oído.

—¡Hola!—escucho—. (Aquí el comandante F.)

¿No recuerda? El que los recibió en la bodega hace unas horas.

Bien; estoy dando un concierto, y se me ha ocurrido que quizá les gustaría oírme.

Durante media hora turnamos Dum y yo en el uso del receptor.

El comandante ejecuta al piano románticos valsos de Chopín, mientras allí fuera silban los proyectiles y rugen los cañones a no mucha distancia.

—Aguarde, aguarde un poco—me dice la voz del concertista, una vez terminada la audición musical.

Ahora va usted a escuchar los aplausos.

Llega a mis oídos un confuso rumor, y la repetida frase de aprobación entusiasta: «Sehr schoen, sehr schoen!»

—Ya ven—observa el oficial—que disponemos de un buen aparato.

Y al asentir nosotros, confirma la común opinión:

—Desde aquí podrían ustedes comuni-

car con otra trinchera alejada tres millas de ésta en que estamos, y hasta oirían los disparos perfectamente.

Con seguridad que ese concierto que acaba de dar el comandante lo han escuchado muchos oficiales desde el Cuartel general, y otros que a estas horas prestan servicio en trincheras que distan 15 kilómetros de la bodega donde está el pianista.

Empieza a alborear, y las reservas desfilan por el apr che para dirigirse a Comines.

Ya no es el fuego tan intenso.

Nos despedimos del teniente y marchamos en pos de los soldados.

Casi todos avanzan en silencio: un mutismo de hombres desesperados.

Uno de ellos apóyase en los hombros de dos camaradas.

—Es un reumático—nos dice otro al observar la curiosidad que su compañero nos inspira. Y añade:

—Pues lo mismo que ése está la tercera parte del regimiento.

En esta parte del frente el reuma es una plaga.

En esto se oyen terribles alaridos, sollozos luego, atropelladas frases ininteligibles.

Unos pies chapotean vertiginosos en el lod.

El teniente que va junto a nosotros saca su linterna de bolsillo, y a su vez vemos que dos o tres soldados empujan a otro en dirección al oficial.

El que se resiste a los que le rodean, lleva atados los brazos, y una mordaza ahoga los gritos que en proferir se esfuerza.

Sus ojos están desorbitados, e imprime a sus hombros convulsos movimientos. Está loco.

—Otro más!—murmura, apesadumbrado, el teniente.

Y añade, dirigiéndose a nosotros:

—Hay que amrdazarlos, porque, de lo contrario, sus gritos darían lugar a que los franceses afinaran la puntería.

Y de nuevo el silencio reicó en el apoché, que, uno detrás de otro, recorrian cabizbajos, casi como autómatas, un millar de hombres.

Por Telegrafo

Madrid, 10 (varias horas).

Política y políticos

Imposición de cruces

En la Escuela de Ingenieros de Minas celebróse el acto anunciado.

Una compañía de Ingenieros Zapadores hizo los honores a la llegada del monarca.

El director de la Escuela pronunció un discurso alusivo al acto.

Seguidamente el duque de Vista Hermosa, como Granfier de la orden de Isabel la Católica, entregó al Rey las insignias de la encomienda de la cruz de dicha orden.

El Rey impúsola al ingeniero y al capataz, respectivamente.

Escucháronse aplausos y vivas al Rey.

El Rey leyó un discurso elogiando al ingeniero y al capataz, excitando a todos a seguir tal ejemplo.

Fué interrumpido varias veces con aplausos y vítores.

Después se obsequió al Rey con un «lunch».

El conflicto europeo

Dicen de Atenas que ante los diputados liberales reunidos bajo la presidencia de Venizelos, este confirmó la irrevocable decisión de abandonar la política.

Esta resolución, que ha sorprendido hondamente en el país, obedece a las diferencias surgidas entre el Monarca y el insigne patriota griego, a quien debe

Grecia grandes progresos territoriales y económicos y brillantes glorias militares contemporáneas.

Venizelos, autor de la famosa Liga Balkánica es partidario de la reconstitución de ésta, para intervenir en la guerra y cooperar a la expulsión de los turcos, enemigos tradicionales y antiguos opresores de Grecia.

El Rey apoya al actual Gobierno helénico que sostiene a todo trance la neutralidad.

—El remolcador «Homer», que conducía a una barca francesa, encontró cerca de la isla de Wight a un submarino alemán, que le intimó a dejar el remolque.

El «Homer», lanzóse sobre el submarino.

La marejada impidió el choque.

El remolcador y la barca, lograron escapar.

NOTICIAS VARIAS

Médico de guardia

En la próxima semana le corresponde el turno de guardia nocturna al facultativo municipal don José Gaona, domiciliado Sacramento 47.

Asuntos de montes

Según lo ordenado por la primera autoridad de la provincia, el señor ingeniero jefe de Montes, tras ada informe a dicha autoridad del ingeniero ordenador de la primera brigada, con motivo de comunicación que el Ayuntamiento de San Roque dirigiera a la citada autoridad, interesando que por los ayuntamientos de Algeciras y Los Barrios, se le abonon los importes de los aprovechamientos forestales, que mancomunadamente tienen con estos pueblos, y expresa que a nada obligan los pliegos de condiciones de los grupos de montes ordenados, del término y propios, de los pueblos citados, siendo, por tanto, un asunto puramente particular, y solo pudiera ser atendido por la Administración forestal, si sobre ella algo en contrario se hubiese dispuesto.

Sacrificio de reses

Según comunicación del alcalde de Espera, se han sacrificado en aquella población durante el mes de Marzo último, las siguientes reses:

Lanares 19 y de cerda 8.

Detenciones

En Medina Sidonia fueron detenidos por la Guardia civil, los paisanos Juan Rodríguez Rosano, Miguel Gutiérrez Sánchez, José Fernández Sánchez, Francisco Canosa Peralta y Sebastián Guerrero Cornejo, los cuales en el cortijo denominado «La Golondrina» hurtaron tres pellejos de reses vacunas.

Sociedad

Ha quedado constituida en Jerez de la Frontera la denominada «La Concha» y cuya Junta directiva es la siguiente:

Presidente, D. Diego Ripalda González.

Vicepresidente, D. Manuel Cabiedes Benítez.

Tesorero, D. Francisco Fernández Cala.

Vocales, D. Juan Montilla Benítez y D. Cristóbal Salazar Correa.

Secretario, D. Manuel Montilla Benítez.

De pósitos

La sección provincial de pósitos ha declarado el apremio contra los deudores al pósito de Benaocaz a los cuales se les da el término de 8 días para que abonon sus descubiertos.

Distribución de fondos

El señor gobernador civil recibió del señor alcalde de Arcos de la Frontera, la distribución de fondos por obligaciones del presupuesto para el presente mes.

Lo celebramos

Se encuentra muy mejorado en la dolencia que sufre, nuestro distinguido amigo y conocido industrial, D. Servando Fernández y Fernández.

Reclutas

Por telégrafo ha sido anunciada la llegada de reclutas a esta capital.

Será en varias expediciones.

Marcharán con destino a Larache.

Con este motivo se prepararán en Cádiz locales adecuados para que se alojen provisionalmente.

Irán 600 al Castillo de Santa Catalina, 200 a las bóvedas de San Carlos, 450 al Cuartel de Santa Elena, 250 al de San Roque y 200 al de Artillería.

A las once y cinco de hoy en el tren militar número 1.062, llegaron 700 del Regimiento de la Reina.

A las seis de la tarde embarcarán en el vapor «Sister», para el expresado punto africano.

A recibirlos concurrirán los jefes designados.

Nuestra felicitación

S. M. el Rey D. Alfonso XIII, prioste perpetuo de la Pontificia, Real y Venerable Cofradía de Penitencia de Nuestro Padre Jesús Nazareno, de esta capital, ha designado al señor don Manuel Nucho y Dolarea, por Real orden del 7 del actual para viceprioste de la mencionada Cofradía, según tenía propuesto la Junta de Gobierno.

El lunes próximo, a las tres y media de la tarde, una comision de la citada Junta de Gobierno, hará entrega del nombramiento al señor Nucho, al que felicitamos.

DESDE SEVILLA

Un servicio importante

La señora viuda de Concha y Sierra recibió una carta, de procedencia extranjera, en la que se le exigía que tuviera dispuesta la cantidad de mil pesetas que debía entregar a un chicuelo que iba a recogerlas a su propio domicilio, entre las ocho y nueve de la noche, amenazándola si no la entregaba, con poner en juego los manejos posibles para irrogarla en sus bienes y propiedades todo el daño imaginable.

La señora de Concha y Sierra dió aviso de lo que ocurría al jefe de policía señor Pineda, quien con toda escrupulosidad y cautela comenzó sus trabajos policíacos, para evitar que la amenaza se consumara.

A tal fin, el Sr. Pineda encargó al inspector del distrito don Higinio González y a los vigilantes Vázquez y Rebollar, que tomaran posiciones en los alrededores del domicilio de la citada señora.

En efecto; a la hora aproximada que consta en la carta, apareció un chicuelo de aspecto vivaracho y trahán, en el zaguán de la casa de la señora viuda, llamando a la cancera y reclamando la contestación a una carta que la señora había recibido por la mañana.

Un criado de la casa entregó al pequeño un sobre cerrado, conteniendo recortes de papeles, dispuesto en esta forma por el jefe de policía, para no infundir sospechas en el ánimo del muchacho, las cuales pudieran dar al traste con la preparación escrupulosa y meditada del servicio policíaco.

El chicuelo, cuando recogió el sobre, corrió, alborozado, a llevarlo al autor de la carta que le había prometido un real por el mandado y que le esperaba en la plaza del Duque.

Los agentes de policía siguieron al muchacho a prudente distancia sin perderlo de vista.

Efectivamente; aquél llegó a la plaza del Duque, entregando a un hombre de regular estatura y por sus trazas obrero, el sobre que había recogido.

Inmediatamente los agentes sorprendieron a ambos, apresándoles y llevándolos a la jefatura de policía.

En dicho centro el jefe de policía señor Pineda, los interrogó y careó habilidosamente, consiguiendo poner en claro lo que había en el asunto.

Las manifestaciones del muchacho

constituyeron una rotunda y categórica acusación contra Felipe Rueda Gallego, que así dijo llamarse el presunto autor del anónimo.

El Felipe, aunque negó que fuera quien escribió la mencionada carta, sostuvo su negativa con poco tesón, incurriendo en frases vacilantes y contradictorias que revelaba su culpabilidad.

En vista de esto el jefe de policía dispuso que quedara el Felipe detenido y a disposición del juzgado y el muchacho detenido en la jefatura para comparecer hoy ante el juez.

No hemos de concluir sin consignar un justo elogio al señor Pineda y personal subalterno, por la actividad desplegada para dar feliz cima a este importante servicio.

He aquí el texto íntegro de la carta amenazadora:

Sevilla 7 de Abril 1915.

Señora doña Celsa Foutfrede. Esta es para decirle lo siguiente: que biéndome obligado a tener que pagar el bienen la cantidad de mil pesetas i no las tengo en este momento se las pido auste p estada hasta dentro de un mes que en la misma forma que uste las entriegue se las de buenbo no puede uste carcular la obra de caridad tan grande que hace si uste supiera quien soy quis me mandaria mas, hago sab r que sino me las quiere prestar tengo m dios para hacerle perder en una hora mas de cuarenta mil duros.

le ruego nose entere nadie ni sus hijas ni yernos ni criados nada mas que uste iyo que ya sabrá usted quien soy le hago saber que si da uste parte le aré mucho deño lo primero porque no me podrán pillar porque estaremos todo el día espiondo la pueta y lo segundo que la persona que baya mañana jueves a recoger la contestación será un chiquillo que en contraremos en la calle que nonosconoz a ni el anosotros ni nosotros a el.

asi es que lo aga uste or caridad que para usted eso no es nadá después de deberberia ae la buerbo ajurar si da uste parte ose entera argue no me manda uste las mil pesetas le enbeneno todo el ganado de lo contrario después de pagarselo quedaria agradedido siempre.

hirán de ocho a nuebe un chiquillo pidiendo la contestación de la carta si uste selas quiere dar las mere en un sobre en papel pegado con la goma para que nose cuenta lo que contiene.

que no se entera nadie pues le tiene mucha cuenta.

R. R.

URUGUAY-ESPAÑA

GIRO POSTAL

Terminadas las gestiones del Sr. Ortuño para extender el servicio de giro internacional a los cambios de España con la República oriental del Uruguay, la Dirección general de Comunicaciones anuncia que desde el día 11 del actual comenzará este servicio a funcionar simultáneamente en las oficinas españolas y en las autorizadas por la Administración de Correos uruguayas.

Por tanto, a partir de la indicada fecha del 11 del actual se admitirán todos los giros postales para dichos destinos hasta una declaración de mil francos, que es el límite máximo de imposición.

No se admitirán para el Uruguay los giros telegráficos.

La moneda en que se consignarán las cantidades giradas al Uruguay es el peso oro, dividido en cien centavos, y su equivalencia con relación al franco ó peseta oro es la siguiente: un peso oro, francos 5,36; un franco ó peseta oro, pesos oro 0 1,865.

El Uruguay emitirá sus libranzas en pesetas, entendiéndose éstas como pesetas oro equivalentes al franco, siendo su cambio actual a la par.